

Volumen 19

Miquel Batllori, *Records personals i últims escrits*

JOSÉ-LUIS MARTÍN
(UNED)

Todos conocíamos la extraordinaria capacidad de trabajo y la curiosidad e interés ilimitados del padre Batllori, pero creo que ni siquiera los editores de sus obras completas podían imaginar que llegaría a publicarse el tomo diecinueve y que en él habría artículos con recuerdos personales, reflexiones sobre su vida y su obra, trabajos de investigación a los que pone digno final la lección magistral pronunciada el 23 de mayo de 2002 en el acto de investidura como *doctor honoris causa* por once universidades del ámbito catalán, notas críticas, prólogos, entrevistas y reseñas surgidas de las últimas lecturas de tema medieval o sobre los Borja, aspecto al que dedicó numerosos trabajos reunidos en el volumen cuatro de su obra completa; en sus artículos sobre la época moderna dedica, como era de esperar, especial atención a Baltasar Gracián, y no faltan las referencias al mundo contemporáneo. Cierran la interminable lista las consideraciones sobre una serie de personajes que despertaron el interés de Miquel Batllori, la presentación de dos diccionarios, los discursos de gracias en actos de recuerdo y homenaje, el texto de una entrevista y su contestación a una encuesta; son en total ochenta y tres —83— artículos que resulta imposible mencionar en el breve espacio de un comentario.

El lector encontrará, en la primera parte de este volumen, *Records de quasi un segle*, una serie de artículos que se inician con la mención de los orígenes familiares y del archivo familiar de los Batllori —sus documentos se remontan a los inicios del siglo XV—, con algunas notas que permiten suponer un cierto parentesco entre los Batllori y los Borja; también del siglo XV son los primeros datos sobre los Orovio, segundo apellido paterno, y, aunque los documentos no permiten demasiadas conjeturas, se incluyen datos de los Munner y Escauriza, apellidos de la madre.

Tras el estudio genealógico se incluyen recuerdos de infancia y juventud, de la época de formación, con palabras amables para sus profesores Pere Bosch Gimpera y Antonio de la Torre, historiadores, Ángel de Apraiz, historiador del arte, Jordi Rubió y Manuel de Montoliu, profesores de Literatura, o los latinistas Lluís Segalà y Joaquim Balcells, a cuyos nombres se unen los de algunos compañeros y los de personajes destacados de la vida cultural barcelonesa de los años veinte, entre los que merece un apartado especial Eugeni D'Ors. No faltan

algunas líneas sobre el ambiente político, lo que nos permite acercarnos a un mejor conocimiento de la época de formación, entre los años 1916 y 1928, y de la conversión al catalán del hijo de una cubana en cuya casa se hablaba castellano.

El ingreso en la Compañía de Jesús, en 1928, abre un nuevo período que se cierra con la ordenación sacerdotal en 1940 después de haber estudiado en Gandía y Veruela hasta la disolución de la orden de los jesuitas por la República en 1932, en Italia a partir de este momento y, finalmente, en Oña; en este apartado, habla Batllori de la proclamación de la República y del papel de la Iglesia, páginas en las que no faltan palabras elogiosas para Azaña y para los obispos y cardenales moderados, a los que vuelve a referirse en el breve apartado dedicado a las noticias y rumores que sobre la guerra civil llegaban a San Remo; más espacio dedica Batllori a sus relaciones contactos con el maestro de historiadores Benedetto Croce y con su familia; aunque vivió la guerra en Italia, por orden de sus superiores escribió un librito sobre *Los jesuitas en el Levante rojo: Cataluña y Valencia 1936-1939*, que, según él, no firmó por tratarse de un encargo que le fue imposible desobedecer.

Su inconformismo y su catalanismo le impidieron dirigir, como estaba previsto, la Biblioteca Balmes de Barcelona y lo llevaron a Mallorca donde permaneció entre 1941 y 1947 como profesor del Colegio Monti-Sion y como investigador de la obra de Lull y de su proyección en Italia; los nombres de Guillem Forteza, Joan Pons, los hermanos Sureda, Francesc de Borja Moll, mosén Alcover y mosén Llorenç River personalizan recuerdos agradables de esta etapa y son, al mismo tiempo, símbolos de la cultura vivida en Mallorca.

En 1947, la Compañía lo manda a Roma para que continúe la biblioteca o diccionario de escritores jesuitas españoles anteriores al siglo XIX, tarea que le ocupa las tardes y le permite dedicar las mañanas a trabajar en la Biblioteca y Archivo vaticanos; la *biblioteca* le lleva a profundizar en la vida y obra de Baltasar Gracián y a realizar un largo viaje (1949-1950) por América siguiendo las huellas de los jesuitas; en una de sus etapas conocerá a Juan Ramón Jiménez, del que nada dice, y a Zenobia Camprubí, nacida en Malgrat de padre catalán y madre puertorriqueña, que le merece más atención que Juan Ramón.

En Roma se le encomendó la dirección del *Archivum Historicum Societatis Iesu*, a cuyo frente permaneció entre 1951 y 1969 y 1974-1981, año de su jubilación al frente de la revista y como profesor de Historia Moderna en la Pontificia Universidad Gregoriana de cuyo claustro formó parte desde 1952; en estos años investigó, dirigió tesis doctorales y mantuvo estrechos contactos con catalanes afincados en Roma y con italianos procedentes de las antiguas tierras de la Corona aragonesa con los que se reunió periódicamente para recordar la historia común. Sus recuerdos romanos se extienden a múltiples campos, son caminos que se entrecruzan y le llevan a hablar de sus relaciones con miembros de la nobleza italiana, con los dirigentes de las asociaciones de Historiadores, con la embajada española... o de su papel como miembro del Comité Vaticano de Ciencias Históricas desde 1964 a 1980 atribuyéndose en todos los casos el papel de protagonista que siempre le encantó, a veces exigió y casi siempre tuvo.

Al Concilio Vaticano II (1962-1965) dedica un amplio artículo en el que se mezclan sus impresiones sobre el concilio con su opinión sobre Américo Castro

y Sánchez-Albornoz, sobre los papas a los que alcanzó a conocer o de los que tuvo noticia directa, con atención especial, como es lógico, al papa Roncalli, Juan XXIII, cuyo pontificado parece adivinar por exclusión: los últimos años de Pío XII habían desacreditado al papa y a todos los miembros de la curia pontificia — Batllori llega a decir, medio en broma medio en serio, que si no se hizo protestante en aquel momento, nunca se haría — y era impensable que pudiera ser elegido un no italiano por lo que sólo quedaba como candidato viable el patriarca de Venecia. Aunque no tomó parte en el concilio, siempre estuvo en contacto con los protagonistas y lo siguió con apasionamiento, no siempre favorable: Batllori se manifestó y se manifiesta contrario al uso de las lenguas vernáculas en la misa por temor de que en Barcelona se impusiera el castellano y no el catalán, y porque la liturgia latina tiene una «prestancia de tipo premedieval y medieval que la lengua popular no tiene ni tendrá».

El apartado que dedica a la influencia del concilio en los jesuitas y a la teología de la liberación le sirve de pretexto para declararse contrario o, al menos, al margen de esta corriente: «no por mi extracción burguesa sino porque soy demasiado liberal para poder ser filomarxista. Del marxismo sólo he aceptado el grito contra la injusticia social... pero no comparto su visión antidemocrática del mundo y de la historia futura. Nunca he sido filomarxista no porque era cristiano sino porque soy liberal... Tolero la interpretación hipotética del ateísmo de Marx, pero continúo pensando que la mayor injusticia es la falta de libertad, incluyendo la libertad de luchar contra las injusticias económicas».

Las reflexiones sobre la historia y los historiadores de su época ocupan el séptimo de los artículos biográficos de Miquel Batllori, presente en los Congresos de Historia de la Corona de Aragón, en el Comité Internacional de Ciencias Históricas y en la Comisión Internacional de Historia Eclesiástica comparada y, desde 1958 en la Real Academia de la Historia de Madrid, de cuyo funcionamiento narra anécdotas que no siempre dejan en buen lugar a los académicos; algunas líneas le bastan para referirse a las investigaciones de los académicos, frente a las páginas que dedica a Ferrán Soldevila, Martín de Riquer o Federigo Melis entre muchos otros con los que coincidió en los distintos congresos que contaron con su asistencia. Dedicó un apartado especial a Vicens Vives, renovador «de la historiografía catalana, española e hispanoamericana» del que recuerda los artículos y homenajes que se le han dedicado en los últimos años, y el olvido en que ha caído la llamada *escuela de Vicens*: «sus antiguos alumnos y discípulos se han ido decantando... hacia la historiografía total, patrocinada por la escuela de la revista *Annales*... o hacia una historiografía marxista, o puiro, o no del todo ortodoxa, como la que representa Pierre Vilar con su marxismo-nacionalismo... Ningún profesor de historia en nuestras universidades, discípulos o exalumnos de Jaume Vicens Vives, o discípulos y alumnos de estos, representa la actitud historiográfica del último Vicens», lo que no impide que la historiografía catalana esté vinculada a la actitud renovadora de Vicens Vives, y, en menor medida, a la de Miquel Batllori cuyas estancias veraniegas en Montserrat hicieron posible la publicación de la historia de la Iglesia y la Segunda República, con la ayuda de Víctor Manuel Arbeloa, Marc Taxonera, Hilari Raguer y Josep Massot i Muntaner, que compartieron con Batllori su conciencia catalanista y el interés por la historia de los últimos años de Cataluña.

En el último artículo de este primer apartado vuelve el historiador sobre sus años de formación en la Universidad de Barcelona al lado de los profesores Bosch Gimpera, Antonio de La Torre y Jordi Rubió, y nos ofrece su concepto de la Historia, de una historia positivista o neopositivista como él prefiere llamarla, que «se inicia siempre con una tarea de búsqueda de carácter archivístico y bibliográfico, que es la base para cualquier elucubración posterior; sigue, después, una compleja trama que desemboca en una síntesis interpretativa, que puede orientarse en dos direcciones», la primera de las cuales lleva a la solución global de los problemas (El lulismo en Italia, Los Borja en el mundo catalanoitaliano, Gracián en el mundo del Barroco, los jesuitas exiliados en la cultura hispanoitaliana...); el segundo tipo de síntesis, paralelo al primero, consiste en «profundizar en la problemática que condiciona la historia que hemos investigado, y nos conduce a términos más generales y amplios que los de la propia y estricta investigación» (Humanismo y Renacimiento, Ilustración...), que son ampliaciones y generalizaciones de los temas investigados, trabajos de creación que el historiador aborda desde su posición intelectual, historiográfica e historicofilosófica.

Aboga Batllori por una historia global que humanice y supere las limitaciones del especialista, del investigador que cada vez sabe más y más de menos y menos hasta que llega a saber casi todo de nada, y para superar esta barrera precisa el historiador conocimientos de historia social y económica: «los problemas no son de un hombre sino de la sociedad de la que forma parte», y su campo es tan amplio que se necesita la colaboración de varios especialistas en diferentes campos y desde distintos puntos de vista; no puede haber historia global sin trabajo en equipo, sin formar, como Miquel Batllori, parte de grupos como los que trabajaron en el Congreso Internacional de San Francisco o en la Declaración de los Derechos Humanos de Ginebra.

La necesidad de equipos de trabajo no impide que Batllori dedique un apartado a personalidades como Mommsen, Ranke, Braudel, Dopsch... o Vicens, en el que se reúnen todas las cualidades o virtudes que Batllori pide al historiador. Coincido plenamente con él cuando lamenta que en las universidades españolas se haya insistido excesivamente en la historia propia de España olvidando o dejando de lado la historia universal y en la falta de historiadores que conozcan bien la historia de otros países, y lamento no coincidir con él cuando afirma que los catalanes son la excepción; él es la excepción, no los catalanes en general.

Su visión de la historia y la insistencia en estudiar temas de historia cultural catalana le han puesto el sambenito de catalanista y de nacionalista, calificativos que rechaza, el primero porque «la palabra tiene un aspecto específicamente político» y el segundo «porque puede tener, aunque no necesariamente, un matiz excluyente», o, dicho después de citar varios ejemplos ilustrativos, «no me llamo catalanista ni nacionalista, en definitiva, porque mi catalanismo es muy particular, muy personal, muy culturalista y casi sólo culturalista; es decir, muy diferente del modo como se entienden las palabras *catalanista* y *nacionalista* actualmente». Siguiendo el camino de las confidencias personales, páginas más adelante, rechaza los apelativos de intelectual y sabio para conformarse con el de estudioso, un estudioso cuyas obras han llegado a múltiples lectores en Cataluña y en toda España.

El segundo apartado son «conversaciones sobre mis escritos», o crónica de los estudios realizados y publicados a lo largo de su dilatada vida, explicando en cada caso las condiciones y razones por las que llevó a cabo sus estudios desde el primer trabajo dedicado a San Vicente Ferrer, hasta los últimos de su valiosa producción. Evidentemente, se repiten muchas de las consideraciones y nombres incluidos en el apartado anterior, pero su presencia es necesaria para comprender el trabajo de Miquel Batllori sobre Ramon Llull, Arnau de Vilanova, Eiximenis o Vicente Ferrer, sobre el Humanismo y el Renacimiento catalán en los siglos XIV-XVI, Baltasar Gracián y el Barroco literario y político, la Ilustración en España y en Europa en época de Carlos III, la personalidad de Jaume Balmes, pensador y político, y Vidal i Barraquer, prelado y patricio... y los lectores de sus obras harán bien en utilizar esta guía que ofrece el autor, y refuerza en el apartado tercero con una serie de testimonios autobiográficos, algunos divertidos, interesantes otros y todos amenos como ameno fue siempre el autor.

Recoge el cuarto apartado lo que Batllori llama *últims* escrits y que no son sino prólogos (a una Historia de la cultura catalana), discursos inaugurales y de respuesta a diversos homenajes (XVII Congreso de Historia de la Corona de Aragón: «Medio siglo de historiografía colectiva sobre la Corona de Aragón»; Doctorado Honoris Causa de la Universidad Politécnica de Valencia: «Sant Francesc de Borja i la fundació del col·legi romà – ara, universitat gregoriana»; Doctor Honoris causa por la Universidad de Comillas: «Baltasar Gracián, escriptor i escriptorista»; concesión del Premio Nacional de las Letras españolas, «Barcelona i Catalunya en l'obra de Gracián»), lecciones magistrales («La Universidad de Valencia en la política universitaria de la Corona de Aragón»), un pregón en la fiesta mayor de Manresa («En el IV Centenari de l'establiment dels jesuïtes a la ciutat de Manresa (1602-2002)»), conferencias como la pronunciada en el Institut d'Estudis Humanístics Miquel Coll i Alentorn: «Historiografía i recuperació del pensament del set-cents i el vuit-cents: Ignasi Casanovas y Frederic Clascar»; y cierra el grupo la lección magistral pronunciada en el acto de exaltación y consagración de Batllori a cimas nunca alcanzadas antes por nadie, en la investidura como Doctor Honoris Causa por once universidades del ámbito catalán en la iglesia de Santa María del Mar el 23 de mayo de 2002; ni siquiera la UNED, a través de su centro en Cervera y con el apoyo de los restantes centros catalanes, se mantuvo al margen de los homenajes e investiduras concedidas a Miquel Batllori, del que, entre otras muchas cosas, podemos decir que ha sido *doctor honoris causa* en el grado mayor posible.

En el último gran apartado, con cincuenta y siete entradas, incluyen los editores presentaciones y reseñas de libros y exposiciones, artículos periodísticos, comentarios breves, una nueva «galería de personajes» en la que describe sus contactos o sus impresiones sobre Joan-Baptista Manyà, Gregorio Marañón, la poetisa Anna-M. de Saavedra, Higinio Anglés, Agustí Duran i Sanpere, Francesc de Borja Moll, Martí de Riquer y Albert Manent; se añade la presentación del «Diccionario histórico de la Compañía de Jesús» y del «Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya»..., y cierran el volumen la entrevista realizada por Sol Alameda y publicada en «El País Semanal» y las respuestas a una encuesta dirigida a 31 jesuitas y publicada en 2003 por Valentí Gómez- Josep M. Benítez, «Imago Mundi. 32 jesuïtes es confessen», y entre ellos Miquel Batllori que confiesa haber salvado la vida y la vocación «gracias a un humorismo trascendental», que todo el mundo le reconoció.